

En un cementerio el día de difuntos

(De Francois Copée.)

Del signo augusto de la cruz bendita
Ya la sombra no ampara protectora
Muchos sepulcros que cubiertos se hallan
De adornos y de flores; un tributo
Más que de amor, de vanidad mundana,
Flores que en breve plazo se marchitan.
Y, más que de su aroma, es el anhelo
De nuestros deudos, la plegaria santa,
Cuyo perfume se remonta al cielo!

México, á 2 de Noviembre de 1905.

AYES DEL ALMA

A MI HIJA MARIA

¡Hija del corazón! prenda querida,
Trasunto fiel de mi sin par Clemencia,
Único encanto de mi triste vida
En esta de dolor eterna ausencia.

Niña, toda inocencia,
Que no ha manchado con su impuro aliento
El vendaval del mundo corrompido,
Oye mi triste acento,
Y á consolarme ven, ángel querido!

Ven, que quiero estrecharte entremis brazos
Y colocarte en mi amoroso seno,
Que guarda un corazón de angustia lleno,
Corazón que el dolor hizo pedazos.

Dichosa tú, que aun comprender no puedes
Toda la hiel en que rebosa mi alma,
Y de tu horrible desventura, ajena,
Leda sonríes en apacible calma.

Mas ¿qué digo feliz?... ¡desventurada
Mil veces eres tú! que las delicias
Del amor maternal nunca gozaste,
Que, al nacer, las caricias
La muerte te robó con mano airada
De tu madre gentil y enamorada.

De tu madre gentil, tierna paloma
 Con cuyo dulce arrullo me extasiaba,
 Cándida flor cuyo fragante aroma
 De mi vida el desierto perfumaba.

Flor hechicera y pura,
 Que en el albor de juventud lozana,
 Sobre su tallo alzábase galana
 Sus gracias desplegando y hermosura.

Mas, ¡oh terrible suerte!
 Aquella flor se doblgó, y marchita
 Cayó al helado soplo de la muerte.

Y yo la ví caer y sentí entonces
 Saltar el corazón dentro del pecho
 En mil pedazos hecho.

Y yo también caí junto á su tumba
 En lágrimas bañado,
 Lágrimas de dolor que de mis ojos
 Brotaban á raudales
 Al contemplar sus pálidos despojos.

Entonces ¡ay! sentí dentro del alma
 De terrible dolor el dardo agudo.
 Mas ¿cómo ¡oh Dios! en tan fatal momento
 La vida no exhalé? ¿Cómo aún aliento
 Tras de golpe tan rudo?

Por qué, ¡oh, Señor! cuando te plugo airado
 Quitar la vida á mi adorada Esposa,

No quisiste también que yo muriera
 Y bajáramos juntos á la fosa!

Allí, sombreados por el mismo sauce
 Y sepultados en la misma tumba;
 Allí, velados por la misma estrella.
 Tranquilo dormiría
 El sueño de la muerte junto de ella.

Tú bien sabes, Señor, que yo la amaba
 Con todo el corazón, que yo cifraba
 En ella mi ventura y mi consuelo.
 Que al bendecir, ¡oh Dios! tu fiel Ministro
 La unión de nuestras almas,
 La puerta para mí se abrió del cielo.

Bien sabes que al romperse el dulce lazo
 De nuestro tierno amor, acabaría
 De mí vida el encanto,
 Y al cruzar por la tierra sobre abrojos,
 Amargo brotaría
 De mis nublados ojos
 Un copioso raudal de triste llanto.

Mas ¡ay! así te plugo;
 Y pues me vino de tu mano el golpe,
 Aunque agobiado de dolor me vea,
 Tu mandato, Señor, bendito sea!

¡Bendito, tú! que en medio de mis males
 Me das ¡oh Dios! para calmar mi pena,

Un ángel inocente,
Esta niña de amor y encanto llena.....

Y ¿qué fuera de tí, mitad de mi alma,
Si tu padre también hubiese muerto,
Y te encontraras sola cual la palma
A quien bate el Simoun en el desierto?

Mas no, que aún tienes el amante abrigo
Que yo te impartiré, tienes mi brazo
Que será tu sostén en el camino
Que de dolor nos deparó el destino.

¡Ven, hija de mi amor! ¡pobre hija mía!
Y sirvanos al menos de consuelo
Que no marchamos solos, pues tu Madre
Velará por nosotros desde el cielo.

Y otra Madre también acá en la tierra
Tendrás entre tus males tan prolijos,
Otra Madre también: la Virgen santa,
Madre llena de amor para sus hijos.

Y su hija eres tú. Cuando naciste,
En medio del dolor, al triste mundo,
Su nombre yo te dí ¡dulce María!

Y, pues ella es tu Madre,
Pídela tierna con afán profundo
Por tu infeliz é inconsolable Padre.

8 de Abril de 1874.

ANTE SU TUMBA

SONETO

La casta, tierna, enamorada Esposa,
Que el tálamo nupcial partió conmigo,
Que de mis penas ó mi bien testigo
Lloró infeliz ó me sonrió dichosa;

La inocente paloma que amorosa
Anidó de mi hogar al dulce abrigo,
Llevada fué por mano que bendigo
Y en eterna quietud aquí reposa.

¡Su despojo mortal! que el alma pura
Llena de dicha y luz vive en la altura,
Y es premio á su virtud la excelsa gloria.

—Así lo espero en la bondad divina—
Y su amor, como en urna alabastrina,
Guardo en mi corazón, y su memoria.

MI ANHELO

SONETO

Presto habré de morir, y en ese instante,
 Si como en Dios espero y se lo pido,
 Ante su solio, de esplendor circuído,
 Tu espíritu feliz le ama constante,

De su bondad obtén, tierna y amante,
 Que cual de luz un rayo desprendido,
 Desciendas hasta mí para que unido
 A tí, mi dulce bien, tornes triunfante.

Que si en la tierra te elegí afanoso
 Para mi inseparable compañera,
 Y El cortó el lazo estrecho y amoroso;

En la vida de dicha verdadera
 Con unión inmortal, en las edades
 Ensalcemos su gloria y sus bondades.

RELIGIOSAS